

Era cerca de media noche cuando llegó el tren á la estación del Este, y el general, entendiendo que su misión no admitía ningún aplazamiento, fué en seguida, á pesar de lo intempestivo de la hora, á ver al Sr. Chevreau, ministro del Interior, exhibió su nombramiento de gobernador de París y pidió que el decreto fuese refrendado inmediatamente por uno de los ministros y llevado aquella misma noche á la imprenta del *Journal Officiel*. El Sr. Chevreau, sorprendido, perplejo, demasiado enterado de las disposiciones de la corte para no temer un conflicto, quiso al pronto ganar tiempo diciendo que iba á avisar á sus colegas y que un retraso de algunas horas importaba poco; y habiéndole el general apremiado para que él mismo refrendara el decreto, negóse á ello, alegando que el asunto era de la incumbencia del ministro de la Guerra. Al fin, desesperando de poder desembarazarse del importuno visitante, le dijo: «Vamos á ver á la emperatriz y os entenderéis con ella.»

Ambos se encaminaron á las Tullerías y la emperatriz se levantó inmediatamente. A la entrevista asistió, además del ministro del Interior y del general Trochu, el almirante Jurien de la Graviere á quien la soberana se había apresurado á llamar. El nuevo gobernador de París expuso el objeto de su misión, mostró el decreto y presentó una carta que Napoleón le había entregado en el momento de partir y en la cual le encargaba que entrara en seguida en funciones. La emperatriz le escuchaba violenta, sobreexcitada, nerviosa; habiéndole pintado al general como un adversario, no muy sospechoso á los republicanos y sobre todo grato á los monárquicos liberales, el acto repentino é imprevisto del emperador aparecía como una usurpación de los poderes de la regencia. En aquel hombre que de pronto había adquirido tanta importancia presentíase un enemigo ó, lo que aún disgustaba más, un protector. Pensando en todo esto, todo el despecho de la mujer, todas las aprensiones de la soberana estallaron en una burla insultante: «General, le digo, voy á pedir un consejo. ¿No se os ocurre pensar que en el peligro extremo en que nos encontramos sería conveniente hacer venir á Francia á los príncipes de Orleans?» Esta frase, que recuerdos indulgentes en exceso intentaron posteriormente no negar, pero sí suavizar (1), hería en lo más vivo al que acababa de ser nombrado gobernador de París por el soberano. Ante aquella insensatez (esta es la verdadera palabra) el leal Jurien de la Graviere intervino precipitadamente, á fuer de patriota que abomina de las disputas y de cortesano fiel que repara las faltas, y empujando á Trochu hacia la emperatriz, dijo: «¡Pero si ambos sois á propósito para comprender! Señora, otorgad toda vuestra confianza al general, que la merece.» Aquel giro acertado moderó el tono de la entrevista; pero cuando Trochu, fiando en las decisiones adoptadas en Chalóns, habló del regreso del emperador, la regente replicó otra vez con vehemencia: «No, el emperador no regresará.» La emperatriz podía hablar así con seguridad, porque Napoleón, impresionado por sus despachos, inclinábase ya á un nuevo cambio de conducta. Si hemos de dar crédito á Trochu, la so-

(1) Proceso del general Trochu contra *Le Figaro*, declaración del almirante Jurien de la Graviere (Tribunal de asises del Sena, audiencia del 28 de marzo de 1872).

berana añadió: «Los que han aconsejado al emperador las resoluciones que me anunciáis son enemigos; el emperador no volverá vivo á París y el ejército de Chalóns se reunirá con el de Metz.» La conversación continuó en un tono muy animado y en voz muy alta, tanto que el general Schmitz y uno de los oficiales de órdenes que se habían quedado en el salón de espera hubieron de retirarse á un extremo de la estancia para no oírlo todo. El almirante Jurien y el Sr. Chevreau respondieron nuevamente del honor de Trochu: «Es el hombre más honrado que conozco,» dijo el almirante. El mismo Trochu protestó de sus sentimientos, no en el lenguaje teatral que después se le ha atribuido, sino en términos propios para disipar toda desconfianza. Entonces la emperatriz se resignó, y aceptando un disgusto para evitar un escándalo, decidió que el decreto fuese refrendado por Palikao. Faltaba sólo hacer aceptar al ministro de la Guerra la desagradable sorpresa de un rival, y á fin de amortiguar el primer choque, fué enviado el Sr. Chevreau al palacio de la calle Saint-Dominique. Trochu, antes de retirarse, sometió á la aprobación de la emperatriz la proclama que había redactado; la regente solamente suprimió de ella una frase, la que se refería al regreso del emperador. Sabía, en efecto, que vacilaba, y para retenerle lejos de la capital fiaba en la influencia que sobre él ejercía y sobre todo en la perspectiva de la impopularidad que le esperaba.

Trochu salió de las Tullerías más preocupado que satisfecho: aceptado por fuerza y rodeándole de obstáculos, ¡cuáles no serían, desde el punto de vista político, las dificultades con que habría de luchar si la ausencia del emperador le dejaba solo ante la enemiga de la regente, de la corte y del gobierno! Y desde el punto de vista militar, ¿qué podría hacer en caso de sitio si el ejército de Mac-Mahón, único ejército de socorro, había sido enviado á la Lorena? En Chalóns había aceptado una misión que junto con él habían de realizar el emperador y Mac-Mahón; pero desde el momento en que faltaban estos dos colaboradores, quedaba rota la unidad del plan. Meditando sobre su elevación incompleta y ya falseada, encaminóse Trochu al ministerio de la Guerra. El Sr. Chevreau le había precedido, pero no había logrado calmar á Palikao, el cual se había indignado sobre manera y hasta había hablado de dimisión. La entrevista entre ambos generales fué tempestuosa: por su educación intelectual y moral, por sus gustos, por sus costumbres, aquellos dos hombres ofrecían tal oposición entre sí que difícilmente habría podido imaginarse un contraste más sorprendente: «No puedo comprender, dijo el ministro al nuevo gobernador, la oportunidad de vuestra misión, que sólo puede añadir á las dificultades con que ya lucho, otras nuevas.—Obedezco los deseos del emperador, respondió Trochu, y al cumplir el mandato que he aceptado por abnegación tengo la firme voluntad de no ser una dificultad para nadie.» El debate se prolongó á propósito del ejército de Mac-Mahón y Palikao declaró funesta aquella retirada á París que Trochu juzgaba indispensable; según él, Chalóns era simplemente una etapa para marchar sobre Metz; y en cuanto á París, los cuarteles batallones y los nuevos cuerpos en vías de formación bastarían para asegurar su defensa. Sin embargo, el ministro al fin se apaciguó, y aunque protestando

enérgicamente, refrendó el decreto que fué llevado á la imprenta del *Journal Officiel* antes de que amaneciera.

Los parisienses, al despertar, supieron el nombre del que, en caso de sitio, presidiría sus destinos. La impresión que esta noticia produjo fué de sorpresa, porque Trochu acababa de ser nombrado comandante de uno de los cuerpos de Chalóns, y nadie acertaba á explicarse este cambio de destino; á la sorpresa unióse el temor, pues muchos vieron en aquel nombramiento la prueba de que se había desvanecido toda esperanza de detener á los prusianos en el camino de la capital. En cuanto á la escena íntima de la noche antes escapó completamente al público, y los que habían husmeado un disimulamiento, sintieron disiparse sus sospechas oyendo al ministro de la Guerra, el cual, al abrirse el 18 la sesión de la Cámara, presentó al gobernador de París en estos términos: «He buscado un hombre activo, enérgico, capaz de reunir en sus manos todos los poderes necesarios para asegurar el armamento de París; por esto he pensado en el general Trochu y yo mismo le he hecho venir del campamento de Chalóns, en donde podía ser reemplazado por otro general.» Después de haber hablado de este modo, el ministro se dedicó á calmar á los alarmistas: «Este es, señores, prosiguió, el único motivo que me ha impulsado á llamar á París al general Trochu;» y añadió esta frase tan verídica como las demás: «En la actualidad, nada nos inquieta, muy al contrario.»

V

En Mourmelon habían visto partir al general Trochu y este había sido el único resultado de la conferencia. En cuanto al regreso del emperador y á la retirada del ejército, nada se había resuelto que no hubiese quedado inmediatamente en suspenso.

A la salida del consejo Mac-Mahón había montado á caballo para reconocer las inmediaciones del campamento: nada se había preparado para la defensa, y si el enemigo se acercaba con fuerzas suficientes, aquella posición sería insostenible. Ávido de aclaraciones, el mariscal volvió por la tarde á ver al emperador, el cual le recibió como hombre que no quiere dificultar nada, pero que tampoco puede prestar ninguna ayuda: «No me ocuparé de las operaciones, le dijo; poned en comunicación con Bazaine y con el ministro de la Guerra (1).» Mac-Mahón, rechazado por este lado, pidió instrucciones á Bazaine (2); pero éste se hallaba lejos, era además de muy mediana capacidad, y su mirada, que apenas abarcaba su propio campo de batalla, difícilmente había de extenderse más allá de las líneas que ya ocupaban los ejércitos enemigos.

El día 17 transcurrió en estas perplejidades. Napoleón, que había de seguir á Trochu, no hablaba de partir y las tropas no cesaban de afluir al campamento: el 1.º cuerpo acababa de llegar; el 5.º le seguía, y en el entretanto el 7.º abandonaba la Alta Alsacia. Pero todos aquellos regimientos de antigua formación no estaban demasiado quebrantados, los unos por la derrota

(1) Declaración de Mac-Mahón, pág. 29 (*Enquête parlementaire sur le 4 septembre*).

(2) Declaración de Mac-Mahón, pág. 30 (*Enquête parlementaire sur le 4 septembre*).

y los otros por la marcha y las fatigas, para constituir una base firme de incorporación de los hombres de la reserva? Estos llegaban en una disposición de ánimo más que dudosa y casi sin ninguna instrucción, y como habían permanecido mucho tiempo en sus hogares, algunos de ellos hasta ignoraban el manejo del fusil Chassepot. Mac-Mahón se iba penetrando gradualmente de todos estos detalles. En cuanto á Bazaine, nada se sabía de él, pues el primer parte de la batalla de la víspera, en vez de ser transmitido en extracto por telégrafo, había sido confiado á un correo que no había



El general Coffinieres

llegado todavía. El emperador, presa de gran inquietud, mandó que se dirigiera al general Coffinieres, gobernador de Metz, el siguiente telegrama: «De orden del emperador, ¿tenéis noticias del mariscal Bazaine? Enviadlas con urgencia al campamento de Chalóns.» Por fin á las cuatro y media el comandante en jefe del ejército del Rhin envió un despacho anunciando que el enemigo había librado una gran batalla: «Ha sido rechazado, añadía, y hemos pasado la noche en las posiciones conquistadas.» Esta última frase, que respiraba un acento de victoria, estaba contradicha implícitamente por lo que seguía, á saber: que la gran escasez de víveres y de municiones le había obligado á acercarse á Metz; que se hallaba instalado entre Saint-Privat y Rorerieulles; que esperaba ponerse en marcha á los dos días, y que se vería obligado á inclinarse hacia el Norte. Casi á la misma hora, un despacho de Coffinieres remachaba la triste impresión, pues hablaba de las pérdidas y de una concentración dentro de las murallas de la plaza, y terminaba con esta frase: «Metz está casi bloqueada (3).»

En la madrugada del 18 los primeros convoyes de guardias móviles emprendieron el regreso á París. En

(3) *Procès Bazaine*, interrogatorio (audiencia del 14 de octubre de 1873).—El despacho lleva esta firma: «Mariscal comandante superior á emperador.» Pero el contenido demuestra que es del general Coffinieres.

aquella hora el emperador parecía resuelto á volverse á la capital, y anunció su partida á Mac-Mahón (1) y al príncipe Napoleón; pero luego se quedó. Mac-Mahón, en tanto, fija la mirada en Bazaine y con el corazón angustiado, esperaba instrucciones: tenía afán de obedecer como otros de ser independientes; que le dieran órdenes y él se contentaría con portarse heroicamente. Viendo que nada recibía, comenzó á buscar algún partido medio que le permitiera poner en salvo su ejército hasta el momento en que habría de avanzar hacia el Oeste ó retroceder hacia París; y esta idea se refleja en un despacho que dirigió á Metz á las ocho y media: «Si el ejército del príncipe real se me presenta con fuerzas considerables, ocuparé posiciones entre Epernay y Reims, de manera que pueda juntarme con vos ó dirigirme á París si las circunstancias me obligan á hacerlo.»

En esto, á cosa de las diez de la mañana, llegó de Metz un mensajero, y todo el mundo se dispuso con ardiente curiosidad á recoger las noticias que traía.

Era el comandante Magnán que había partido durante la noche última por la única vía férrea que quedaba libre, la de Thionville, y el parte que puso en manos del emperador confirmaba todas las alarmantes confesiones que en el despacho de la víspera había dejado escapar Bazaine. Comenzaban á escasear los víveres y las municiones, y en cuanto á los proyectos para el porvenir, el lenguaje del general contenía algunas restricciones inquietantes: «Vamos á hacer todos los esfuerzos posibles para reanudar la marcha,» decía el comandante en jefe del ejército del Rhin. Pero, ¿cuándo se reanudaría? Dentro de dos días. Además la frase resultaba suavizada por una coletilla: «La reanudaremos, si es posible.» Bazaine hablaba de seguir la carretera de Briey y decía á continuación: «No perderemos tiempo;» y luego añadía, como si temiera haberse aventurado demasiado: «A menos que nuevos combates no echen por tierra nuestras combinaciones (2).» Los informes verbales también eran poco tranquilizadores: según el comandante Magnán, la batalla del 16, aunque muy honrosa, no había determinado la toma de la meseta; por otra parte, el terrible combate había destruído la cohesión de ciertos regimientos, y era menester ante todo reconstituir los cuerpos, dar á los soldados víveres para tres ó cuatro días, enviar á Metz los heridos y despedir una porción de carros (3).

Todas estas noticias no indicaban, ni mucho menos, aquella marcha rápida que, llevando á Bazaine hacia el Oeste mientras Mac-Mahón avanzaría hacia el Este, daría por resultado la reunión de ambos ejércitos. A las dos volvió á partir el comandante Magnán. Aquel día era el de la batalla de Saint-Privat y desde las primeras horas de la tarde llegaban continuamente despachos de Metz. «Mi marcha sobre Verdún ha quedado interrumpida, decía Bazaine; desde esta mañana el enemigo muestra masas considerables que, al parecer, se dirigen hacia Briey con intento de atacar al mariscal Canrobert.» Siguió á este otro telegrama anunciando que el rey de

(1) Declaración de Mac-Mahón, pág. 29 (*Enquête parlementaire sur le 4 septembre*).

(2) Parte de Bazaine al emperador y al ministro de la Guerra (*Procès Bazaine*, audiencia del 14 de octubre de 1873).

(3) Declaración Magnán (*Procès Bazaine*, audiencia del 29 de octubre de 1873).

Prusia en persona dirigía el ataque, que las tropas se mantenían firmes, pero que las baterías se habían visto obligadas á cesar el fuego. A eso de las ocho y media, llegó una tercera comunicación, en la que Bazaine comunicaba que después de un vivo ataque iba extinguiéndose el fuego, si bien añadía que las tropas seguían ocupando sus posiciones.

En aquellos despachos vagos é incoloros difícilmente se habría adivinado la emoción intensa de un jefe que se juega en un combate supremo la suerte de su país y la suya propia. Para los que sabían leer un parte, el conjunto de aquellos informes revelaba una fortuna más ó menos dudosa. Durante el día, Mac-Mahón, departiendo con el comandante Magnán, le había dado á entender que saldría de Chalóns y se instalaría en las alturas situadas entre Reims y Soissons (4), lo que significaba acercarse á la capital y alejarse de la Lorena; y los últimos telegramas forzosamente habían de confirmar tales propósitos.

En el entretanto, Palikao continuaba en París entregado á sus ilusiones, y á instancia suya el consejo de ministros, reunido el 18, acababa de aprobar la marcha á Metz. Ante éstas órdenes Mac-Mahón cedió ó aparentó ceder, y el 19 por la mañana escribía á Palikao: «Servíis decir al consejo de ministros que puede contar conmigo y que haré todo lo posible para reunirme con Bazaine (5).» Algunos momentos después, volvió á meditar sobre la temeridad del plan y telegrafió al comandante en jefe del ejército del Rhin en los siguientes términos: «Si, como creo, os veis obligado á batiros en retirada muy próximamente, no sé, dada la distancia que de vos me separa, cómo podré ayudaros sin desamparar París. Si opináis de distinto modo, decidmelo.» Pero ya había pasado el tiempo en que Mac-Mahón podría pedir instrucciones á su colega y en que el propio Bazaine podría comunicarse libremente con Francia, pues el día antes, entre seis y siete de la tarde, había sido cortado el último hilo telegráfico entre Metz y Thionville. Reparado el telégrafo, cortado de nuevo, y de nuevo restablecido, á la una de la tarde del 19 de agosto la interrupción fué definitiva (6); en adelante, no podrían circular otros mensajes que los que se confiasen á emisarios.

Así transcurrían en Chalóns las horas, en medio de pensamientos confusos y contradictorios. Al través de los eufemismos de los últimos despachos, era fácil adivinar la situación de Bazaine, cada vez menos dueño de sus acciones y más empujado hacia Metz. De modo que el ejército de Chalóns habría de recorrer él solo todo el camino, atacando las líneas prusianas y liberando á los que se hallaban casi cautivos; para llevar á cabo tal empresa, ¡qué soldados, qué jefe no se habrían necesitado! Además, para que aquel movimiento tuviera buen éxito, era menester que se realizara con rapidez extraordinaria; pues bien, ¿era posible ponerse en marcha cuando los elementos del ejército estaban aún diseminados, cuando apenas acababa de llegar el 5.º cuer-

(4) *Procès Bazaine*, declaración del comandante Magnán (audiencia del 29 de octubre de 1873).

(5) *Papiers des Tuileries*, tomo I, pág. 427.

(6) *Procès Bazaine*, declaración de Petitpas de la Vasselais, director de las transmisiones telegráficas (audiencia del 28 de octubre de 1873).

po, cuando el 12.º completaba su formación, cuando el 7.º estaba todavía repartido en pequeños grupos en las vías férreas entre la Alta Alsacia y la Champaña? Pero cuando Mac-Mahón, después de haber pensado todo esto, se había afirmado en el proyecto de retirada, los estímulos del honor destruían de pronto lo que el buen sentido le inspirara: la prudencia le mandaba retroceder; la confraternidad de armas le ordenaba acudir en socorro de un compañero en peligro. Los imperiosos mensajes que recibía de París acababan de llenar de turbación al comandante en jefe; un espíritu independiente habría prescindido de aquellas indicaciones; pero á Mac-Mahón, por modestia natural, por abnegación, gustábale obedecer. El consejo del ministro le parecía una orden que no se atrevía á desacatar; y preciso era que el destino mostrara gran encarnizamiento en perdersnos cuando volvía en contra nuestra hasta lo que constituía en el mariscal una virtud.

El ejército del Príncipe real estaba distante todavía, puesto que los cuerpos más avanzados apenas llegaban á la línea del Ornain; pero la caballería hacía incursiones á 40 ó 50 kilómetros más allá de dicha línea, registrando las aldeas é invadiendo las estaciones á cuyos jefes dirigían los comandantes de patrullas la misma pregunta: «¿Dónde está Mac-Mahón (1)?» Esto originaba pánicos y producía, de un extremo á otro de la Champaña, la sensación angustiosa de la invasión, sensación reflejada por los despachos de las autoridades locales que respiraban espanto. El día 20 llegaron al cuartel general informes algo más concretos, según los cuales el enemigo se había presentado en una aldea situada á once leguas del campamento y había efectuado en ella algunas requisas (2).

¿Se trataba de simples exploradores ó de una verdadera vanguardia? No se sabía á punto fijo. La prudencia aconsejaba abandonar la llanura de Chalóns; pero ¿adónde ir? ¿A la capital? ¿Al lado de Bazaine? En esta perplejidad, el mariscal, obrando como todos los indecisos, adoptó un término medio que desde hacía dos días acariciaba, á saber, no dirigirse francamente ni al Oeste ni al Este, sino inclinarse hacia el Norte, mantenerse á igual distancia de París que de Metz y estar en condiciones de replegarse ó de avanzar, según las noticias que recibiese. Al día siguiente, 21 de agosto, el ejército debía emprender el camino de Reims; esto no era tomar una resolución, sino asirse á un aplazamiento, pues de este modo quedarían veinticuatro horas para esperar lo que dijera Bazaine ó lo que decidieran los acontecimientos. Mas aquel expediente había de comprometerlo todo aún más de lo que estaba: en efecto, la aventurada marcha sobre Metz sólo ofrecía alguna probabilidad de éxito si se efectuaba rápida y enérgicamente y sin rodeos por un jefe resuelto á jugarse el todo por el todo; pero todo estaba perdido de antemano si, caminando hacia el objetivo, se marchaba oblicuamente y en zizás con la lentitud precisa para denunciarse á sí mismo al enemigo.

Al amanecer del 21 de agosto fué evacuado el campamento, y como se suponía que los prusianos no tar-

(1) Jacquin, *Les chemins de fer pendant la guerre de 1870-1871*, pág. 143.

(2) Véase coronel Stoffel, *La dépêche du 20 août 1870*, páginas 19-20.

darían en presentarse, nuestras tropas procuraron destruir todo lo que no podían llevarse consigo; y aquellos lugares que habían visto todas las solemnidades militares del segundo imperio, quedaron en triste soledad. Las columnas desfilaron por aquellas carreteras que se extendían en línea recta; todo contribuía á producir la impresión de fatiga, la monotonía del trayecto, la lluvia que caía en abundancia y la incertidumbre de una marcha que desconcertaba todos los cálculos. Los caminos no tardaron en llenarse de rezagados y hubo que deplorar actos de indisciplina lamentables. Muy pronto se divisaron las torres de la catedral, envueltas en la niebla, y á poco entraban las tropas en la ciudad, en donde nada había preparado para recibir las, por lo que nuestros soldados, abrumados de fatiga y disgustados, hubieron de ir de un lado á otro en busca de alojamiento. Aquel día, sin embargo, el ejército de Chalóns recibió un importante refuerzo; en efecto, en Reims se le reunió el 7.º cuerpo que las compañías del Este y de Lyon habían conseguido, á costa de grandes rodeos y utilizando todas las vías que habían quedado expeditas, traer de la Alta Alsacia.

Aplazando la resolución final no se lograba evitarla. El emperador había instalado su cuartel general á tres kilómetros de la ciudad, en el castillo de Courcelles; y allí había de adoptarse el partido definitivo. En esto llegó uno de los más elevados personajes del imperio, el Sr. Rouher.

Ha afirmado éste que su viaje no tenía ningún fin político y era simplemente el acto espontáneo de un súbdito leal deseoso de rendir homenaje á su desgraciado soberano; pero había ostentado demasiadas dignidades y representaba todavía influencias demasiado poderosas para que pudiera limitarse á desempeñar el papel de cortesano del infortunio. Como miembro del consejo privado, había tomado parte en las últimas deliberaciones; y desde el momento en que el ministerio del 9 de agosto, creado á modo de reacción contra Emilio Ollivier, significaba la vuelta de la política por él defendida, podía pretender inspirar el poder sin manejarlo. Dadas estas circunstancias, había de aparecer en Courcelles, quisiera ó no, como el consejero de las resoluciones futuras. Y bien lo demostraron los hechos posteriores. Las personas que rodeaban á la emperatriz y el ministerio de la Guerra querían con energía violenta la marcha hacia Metz; y el lenguaje del Sr. Rouher, aunque moderado y tranquilo, no había de ser sino el desenvolvimiento de tales ideas.

Mac-Mahón, que se había enterado de la presencia del ex ministro mientras estaba inspeccionando las posiciones de su ejército, no llegó á Courcelles hasta las siete y media. Después de comer, entablóse delante del emperador una conversación íntima entre el hombre de Estado y el mariscal, á quien acompañaba su jefe de Estado mayor, el general Faure. El Sr. Rouher repitió, con la autoridad que le daban su categoría y sus servicios, todo lo que se decía en París en las esferas oficiales. «No socorrer á Bazaine, dijo, sería proclamar á los ojos de Europa y del país nuestra impotencia; el espíritu de solidaridad militar y el honor mismo protestaban contra tal abandono. El príncipe real se marchaba sobre París, pero aún le separaba de la capital una distancia de ocho ó diez etapas. ¿No podría el ejército de

Chalóns unirse con el ejército de Lorena, y una vez unidos retroceder juntos para atacar al príncipe real? Esta sería la mejor manera, acaso la única eficaz, de proteger la capital.» Así habló el Sr. Rouher con cierta insistencia, porque sus opiniones eran las de sus amigos, pero al mismo tiempo con prudente reserva, porque se consideraba muy incompetente en asuntos militares. Mac-Mahón, que había escuchado todo aquel discurso en silencio, cuando hubo terminado el ex ministro tomó la palabra y se expresó en un tono resuelto que no era en él muy común: de la carencia absoluta de correos de Metz deducía, con el buen sentido que le caracterizaba, que Bazaine estaba bloqueado; por otra parte, los desórdenes ocurridos durante la última marcha le habían desilusionado por completo. Y dominado por estas impresiones, rechazó con mayor energía que nunca el arriesgado proyecto de una marcha ofensiva: «Bazaine, dijo, no tiene víveres ni municiones; se verá obligado á capitular, y llegaremos demasiado tarde.—¿Quién os dice que faltan víveres y municiones?» dijo el Sr. Rouher interrumpiéndole. Mac-Mahón, sin contestar directamente, puso por testigo á su jefe de Estado mayor: «Veamos, general, ¿cuál es vuestro parecer?—Que es imposible reunirse con Bazaine, señor mariscal, respondió el general Faure. Sólo un plan hay practicable, el regreso á París.» El emperador permanecía silencioso é impasible, y el Sr. Rouher, viendo que no le apoyaban, cedió, pues si bien opinaba como la emperatriz y como Palikao, no compartía las pasiones de éstos. «Carezco, dijo, de toda noción estratégica, y ante la confesión de la imposibilidad absoluta, no tengo más remedio que inclinarme.» En su consecuencia, se convino en que el emperador regresaría á París con sus tropas. El Sr. Rouher, obligado á aceptar un plan que disgustaría extraordinariamente á sus amigos, quiso compensar su derrota con un pequeño desquite, y sugirió la idea de confiar á Mac-Mahón el mando no sólo del ejército, sino también de todas las fuerzas encargadas de la defensa de la capital; con ello se rebajaría á Trochu, sometiéndolo á un jefe, y este triunfo no dejaría de ser un notable consuelo. El ex ministro no tenía el defecto de la obstinación; así es que con gran facilidad se ofreció á redactar las proclamas por medio de las cuales se notificaría el proyecto que acababa de combatir. Y, en efecto, las redactó, y con mucho arte, con mucho entusiasmo aparente presentó la decisión bajo el mejor aspecto; después de lo cual emprendió su regreso á París, llevándose consigo aquellos documentos (1).

A la noticia del próximo regreso, estalló la cólera de Palikao, quien, en la reunión que celebraron los ministros el 22 por la mañana, repitió todos sus cálculos militares y con sus argumentos estratégicos, expuestos con un ardor que suprimía los obstáculos, arrastró, si no á todos sus colegas, como alguien ha afirmado, por lo menos á la mayoría de ellos. Después de aquella deliberación, que terminó á la una, se expidió un parte á Reims en el cual se leían las siguientes líneas: «La opinión unánime del consejo, dada la carencia de noticias de Bazaine, es más enérgica que nunca: no deben publi-

(1) Declaración de Mac-Mahón, págs. 30-31. Declaración de Rouher, pág. 239 (*Enquête parlementaire sur le 4^e septembre*).—*Papiers des Tuileries*, tomo I, págs. 59-63.

carse ni el decreto, ni la carta, ni la proclama... No socorrer á Bazaine traería en París las más graves consecuencias, y en presencia de tal desastre sería de temer que la capital no se defendiera... París estará en condiciones de poder defenderse contra el ejército del príncipe real: las obras se realizan con gran rapidez, y se está formando en esta capital un nuevo ejército. Esperamos la respuesta por telégrafo (2).»

No se había transmitido aún este mensaje imperioso y suplicante, cuando llegaron de Reims dos telegramas, uno del emperador para la emperatriz y otro de Mac-Mahón para el ministro de la Guerra, anunciando ambos, no la retirada sobre París, sino la marcha hacia el Este. El plan de Palikao triunfaba en el preciso momento en que parecía abandonado.

¿Qué había sucedido? Había transcurrido toda la noche del 21 al 22 sin noticias de Bazaine; dos días hacía que nada se sabía de él como si ya hubiese comenzado el bloqueo; y Mac-Mahón, interpretando este silencio como se habrían interpretado las peores noticias, afirmóse más en su idea del regreso. Sin embargo, la vigilancia que se ejercía alrededor de Metz no era tan rigurosa que no consintiera el paso de emisarios. El día 20 de agosto, á las cuatro de la tarde, Bazaine había entregado, en el *Ban Saint-Martin*, á un guardabosque llamado Braidy un parte fechado el 19 y dirigido al emperador. El mensajero, escondiendo el papel entre dos suelas de su bota, habíase encaminado á Verdún, adonde había llegado el 22, á eso de las cinco ó las seis de la mañana, no sin haber sido detenido varias veces por el camino. Aquel despacho, que desde Verdún fué transmitido por telégrafo á Reims, era una especie de resumen de la batalla de Saint-Privat, y bien meditados los términos en que estaba concebido, contenía una porción de informes en extremo alarmantes, pues decía que el ejército había sido definitivamente empujado hacia Metz, que las tropas estaban rendidas de fatiga á consecuencia de los combates y que necesitaban dos ó tres días de reposo. Pero en el mismo parte se leía este párrafo: «*Persevero en mi propósito de tomar la dirección del Norte y dirigirme luego por Montmedy á la carretera de Sainte-Menehould y Chalóns, si no está fuertemente ocupada. En este caso, continuaré marchando por Sedán y aun por Mezieres para llegar á Chalóns...*»

Estas dos frases fueron las únicas á que quiso atenerse Mac-Mahón, quien, obediente á la vez que caballeresco y ávido de obedecer, vió en el proyecto de Bazaine, aun siendo tan vago, una indicación que le obligaba. Pundonoroso hasta el escrúpulo, consideró que desde el momento en que su colega avanzaba hacia él, la solidaridad militar le imponía el deber de andar la mitad del camino; y todo cuanto la prudencia le sugería acerca de los peligros de la marcha, del estado de su ejército y de los recursos del enemigo, desapareció ante un propósito superior, el de cooperar en el plan de un hermano de armas que además era su jefe. Intentó hacer llegar á Bazaine, al través de las líneas de sitio, el aviso de que también él se dirigía á Montmedy (3) y luego envió al ministro de la Guerra el despa-

(2) *Papiers des Tuileries*, tomo I, pág. 47.

(3) Despacho de Courcelles-les-Reims, de 22 de agosto, á las 10 y 55 minutos de la mañana (*Procès Bazaine*, audiencia del 14 de octubre de 1873).

cho que había de trocar en alegría la confusión de Palikao.

En el momento en que iba á orientarse hacia el Nordeste, ¿no brillaría ante los ojos de Mac-Mahón una luz suprema que le hiciera ver claramente la situación de las cosas? El mensaje del 19 de agosto traído por Braidy no era el único que había burlado la vigilancia prusiana; en efecto, el día 20, á las siete de la tarde, Bazaine había entregado por duplicado á dos emisarios, una señora joven llamada Imbert, y un agente de policía, Flahaut, tres despachos, el primero para el emperador, el segundo para el ministro de la Guerra y el tercero para Mac-Mahón. Este último estaba concebido en los siguientes términos: «Me he visto obligado á tomar posiciones cerca de Metz á fin de dar descanso á los soldados y abastecerles de víveres y municiones. El enemigo aumenta sin cesar en torno mío; para reunirme con vos, seguiré probablemente la línea de las plazas del Norte y os avisaré mi marcha, si es que puedo emprenderla sin comprometer el ejército.» Según se ve, Bazaine, en vez de mostrarse afirmativo como el día antes, parecía ya dudar de la posibilidad de salir de Metz: se asustaba del número de enemigos, se preguntaba si podría emprender la marcha sin comprometer el ejército, y decía que en todo caso avisaría á su colega. ¡Cuánto había de influir en el ánimo de Mac-Mahón ese despacho en el que se reflejaban toda la indecisión de una voluntad poco firme, toda la confusión de una suerte precaria! Sabiendo ya á qué atenerse definitivamente respecto de la inconsistencia de los propósitos que reinaban en Metz, ¿no se acogería otra vez el comandante del ejército de Chalóns, mediante una nueva y decisiva evolución, al proyecto de retirada hacia París? El 21 de agosto, á eso del mediodía, llegaron á Thionville los emisarios que habían logrado atravesar las líneas alemanas; allí se había encargado de llevar los documentos hasta Longwy un emisario cantonal, el Sr. Guyard, quien, á eso de las doce del día, había llegado á aquella población y entregado los papeles de que era portador al comandante de la plaza, teniente coronel Massaroli. Hallábanse en Longwy dos inspectores de

policía llamados Mies y De Rabasse, los cuales habían sido enviados para recoger noticias por el coronel Stoffel que, al lado de Mac-Mahón, estaba encargado de una especie de servicio de información. Aquellos dos hombres, deseosos de que no les tuvieran por inútiles, consiguieron que Massaroli les confiara los originales y por los hilos telegráficos que aún estaban expeditos enviaron á su destino los despachos. El destinado al mariscal Mac-Mahón llevaba la dirección siguiente: «*Los inspectores delegados del Estado mayor al coronel de Estado mayor agregado á S. E. el mariscal Mac-Mahón. Reims (1).*» El despacho fué expedido el 24 de agosto á las cuatro y cincuenta minutos de la tarde; pero aquí empieza un misterio que ninguna investigación ha logrado disipar: el coronel Stoffel ha declarado que no recibió el telegrama, y el mariscal y sus dos ayudantes, los coroneles Abzac y Broye, han afirmado á su vez que nunca habían tenido conocimiento de semejante comunicación (2). ¿Sería que el coronel Stoffel, partidario de la marcha hacia Metz, suprimió por su propia autoridad, según había de afirmarse más adelante, el molesto telegrama (3)? ¿Sería que se perdió el despacho en medio del general desorden entonces reinante? ¿Había, acaso, sido considerado como repetición del parte del día antes y pasado en tal concepto inadvertido? Lo único que á la historia interesa es el hecho de que un hado fatal había de hacer inútiles aun los pocos mensajes que escaparan á la vigilancia del enemigo: de los dos despachos, el del 19 y el del 20, Mac-Mahón recibió sólo el primero, es decir, el que, estimulando su amor propio, y despertando su esperanza, acabaría de engañarle. La suerte estaba echada, y al día siguiente, 23 de agosto, el ejército de Chalóns comenzaría su marcha hacia el Nordeste.

(1) *Procès Bazaine* (audiencia del 4 de noviembre de 1873).—Según el relato del general Serré de Riviere, la dirección, más detallada aún, mencionaba expresamente el nombre del coronel Stoffel (*Procès Bazaine*, audiencia del 7 de octubre de 1873).

(2) *Procès Bazaine* (audiencias de los días 1, 3 y 4 de noviembre de 1873).

(3) Véase el relato del general Serré de Riviere (*Procès Bazaine*).